

IV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2000.

Los elegidos: un acercamiento sociológico a la cultura política argentina.

Berenguer, Cynthia y González, Jessica.

Cita:

Berenguer, Cynthia y González, Jessica. (2000). *Los elegidos: un acercamiento sociológico a la cultura política argentina*. IV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-033/194>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los elegidos

Un acercamiento sociológico a la cultura política argentina

Jessica González y Cynthia Berenguer
Universidad de Buenos Aires – Sociología

I. Algunas reflexiones

Hechos sociales y significados políticos

Los estudios sobre *cultura política* pueden asumir variadas perspectivas y tomar como objeto de análisis diferentes tipos de fenómenos y hechos sociales.

Una sociología política que aborde el tema, deberá ser tributaria, además, de herramientas provenientes de otras disciplinas (antropología, historia, comunicación social, etc.) y ampliar su campo hacia lo sociológico general, sustentado en la teoría, pero sobre todo en la investigación empírica ¹. En este sentido, la sociología política se interesa ya en aquellos *fenómenos* considerados políticos, ya en los *efectos* políticos de los hechos sociales.

Cada comunidad política puede ser caracterizada por su “cultura política”, entendida como el conjunto de valores y creencias compartidas que hacen a la vida en sociedad en la cual, el papel de las actividades políticas es el de conservación y orientación de la cohesión social. Dichas actitudes o actividades permiten el ajuste recíproco de las conductas y la aceptación de actos – de carácter autoritario - tendientes a imponer ese ajuste.

En este marco, las actividades que concurren a establecer la legitimidad de un régimen o forma de gobierno, son indisolubles de la constitución de una cultura política con la cual los miembros de una sociedad deben identificarse.

Ahora bien, aprehender la cultura política implica correr un riesgo al considerarla a partir de los valores que los individuos dicen defender, los sentimientos que expresan y las actitudes que muestran, ya que a través de ellos se podrían tomar como válidas las imágenes difundidas de la sociedad y confundirlas con las prácticas efectivamente empleadas en las relaciones diarias (se trata de aquella advertencia que Jacques Lagroye señala como confundir “*lo que se dice con lo que se hace*”).

Referirse a la cultura política en estos términos sería minimizar los fluidos y ricos enfrentamientos entre grupos sobre el modelo deseable de organización social y sobre la política, e incluso desconocer que los miembros de una sociedad no poseen el mismo grado de relación directa o conciente con ‘la política’. Así como el hecho de que sólo una minoría está en condiciones de utilizar adecuadamente las categorías que sirven para definir tal *cultura*.

Una sociedad política posee su propio lenguaje para tratar –tanto práctica como abstractamente- las problemáticas políticas; la conformación de dicho lenguaje se establecería por un lado, por *palabras* que apelan a las creencias, valores, conceptos y representaciones y, por otro lado, por una *gramática* que se remite a las formas obligadas de articulación y combinación de dichos elementos.

¹ . Debemos gran parte de nuestro caudal teórico al texto de J. Lagroye, "Sociología Política" (FCE, 1993), pero hemos confeccionado el presente trabajo -no sin algunas dificultades- *primero* en función de los datos empíricos relevados, para *luego* elaborarlos teóricamente.

El estudio, entonces, no debería detenerse en la dimensión política de la *cultura común*, sino profundizar en las actitudes y creencias que perduran en el conjunto de las relaciones sociales –aunque se preste especial atención a las que afectan las conductas políticas–.

Por lo tanto, también se trataría de descifrar las creencias y actitudes de cada grupo social relativas a la vida en sociedad y su ‘traducción’ en actividades y creencias políticas. De este modo, se analizarían las conductas políticas como ajustes, individuales y colectivos, entre los sistemas de creencias y actitudes de cada grupo y el sistema común al conjunto de los grupos que resulta de una interacción en un período prolongado.

El fundamento de las representaciones dominantes de la vida política se encontrará en la orientación general de las reglas de la vida social, que funcionan como un “universo de significaciones” [Lagroye:1993].

Hechos políticos y significados sociales

El día domingo 8 de septiembre de 1991 se celebraron en la provincia de Buenos Aires los comicios para elegir al gobernador que sucedería al justicialista Antonio Cafiero. Había además otros cargos en disputa, pero la elección del jefe de gobierno de la provincia tiene una particular significación dado que el candidato del justicialismo era el entonces vicepresidente de la Nación, Eduardo Duhalde.

El triunfo de éste último significó que el Partido Justicialista retuviera la gobernación de dicha provincia, pero también fue visto como un hito en la carrera política del candidato (convirtiéndolo en “presidenciable”) y una recomposición de fuerzas del menemismo en el poder.

Si bien la mayoría de los análisis políticos en torno a esta elección se centraron principalmente en porcentajes y cantidades de votos, es posible rastrear –no sólo en los días posteriores al 8 de septiembre sino también en los días previos– cuál es el arsenal de categorías de análisis y el vocabulario que conforma la retórica sobre el “hacer política” en un período particularmente significativo, como son las elecciones consideradas: hablamos de la *retórica política* pero también de la *periodística*.

Un estudio de estos aspectos vinculados a los modos y reglas del intercambio discursivo, más que dar cuenta de influencias del discurso político en las preferencias de los votantes, permitiría abordar algunos niveles del *universo de significaciones* (o “la orientación general de las reglas de la vida social”) que son fundamento de las representaciones dominantes de la vida política. Esto es, el nivel de las manifestaciones lingüísticas resulta fértil a la hora de detectar algunos elementos del universo de sentidos que “maneja” la esfera de la actividad política y que la compromete con la particular *cultura política* de la que forma parte.

Por otro lado, el abordaje de esta temática permite una búsqueda no sólo de los debates que se generan en torno a una elección particular, sino de aquellos debates que no se producen aunque ellos pudieran aportar elementos decisivos para la solidez institucional de una sociedad. La inexistencia de estos debates, sobre la que volveremos más adelante, oculta un sentido y un significado social.

Para llevar adelante el relevamiento de los datos, seleccionamos dos importantes diarios del país (*Clarín* y *La Nación*) e hicimos un minucioso registro de información

centrándonos en el período que va del 18 de agosto al 22 de septiembre de 1991, de modo de cubrir tanto el período más intenso de las campañas políticas (20 días previos a las elecciones), como la etapa posterior (también de 20 días). La amplitud de la información relevada contribuyó a alimentar al menos dos niveles del conocimiento sociológico: el de los supuestos teóricos, y el de las categorías de análisis propuestas. Si bien nos concentramos en el segundo de ellos, las reflexiones acerca de los supuestos con que se abordan corrientemente los estudios de la cultura política merecen una breve mención:

★ Un presupuesto teórico altamente reforzado y naturalizado en las ciencias sociales parece ser aquél que nos lleva a sostener que los medios masivos de comunicación *dan forma* a los modos en que las personas perciben el mundo e *imponen* las categorías con las cuales lo interpretan.

Si un análisis de la cultura política se sustenta en esta prenocción e intenta establecer una relación de determinación entre discurso periodístico y cambios en las adscripciones a tal o cual identidad política, dicho análisis sería teóricamente insostenible.

Lejos de inaugurar una discusión acerca del papel de los mass-media en la actualidad, podemos decir, cuando menos, que no nos ha sido posible rastrear alguna influencia del tratamiento periodístico de la figura de un candidato o de un partido político en las adscripciones de los votantes.

Por el contrario, en la actualidad los medios de comunicación masivos parecerían cumplir un papel relevante en la *conservación* de opiniones. La idea imperante es que el mayor efecto de la comunicación política efectuada por ellos contribuye a confirmar creencias y a afianzar las representaciones de la política adquiridas durante la socialización inicial. Existe una relación más *inmediata* entre gobernantes y gobernados, a través de la cual, la exposición de los individuos a los mensajes políticos de los dirigentes, contribuye a modificar tanto las acciones de éstos últimos como las condiciones en las que cada votante toma sus decisiones o forma su opinión.

★ Por otro lado, hemos logramos comprender que las identidades políticas no se construyen desde el discurso político "coyuntural", es decir, de campaña: no podemos considerar que el uso y una cierta reactivación sistemática de representaciones sociales tradicionales peronistas tenga que ver en sí misma con una novedad en la cultura política de un país que durante décadas se apoyó en el clivaje peronismo-antiperonismo como generador de identidades políticas.

Podemos sostener que son al menos dos los factores que permiten explicar con mayor certeza las adscripciones políticas: en primer lugar, la *socialización "inicial"* que se realiza durante la infancia e implica la adquisición de las categorías fundamentales de evaluación y juicio, la constitución de actitudes y la formación de creencias, y, en segundo lugar, la *construcción histórico-social* de las identidades políticas y sus creencias correspondientes.

Estos dos elementos deben ser estudiados en función de ciertas dimensiones (como el factor de clase y la identificación con grupos referentes) y no es posible explicar las identidades políticas como el mero resultado de la influencia de una discursividad política, en particular como la que se genera en el contexto de una campaña electoral, por más que ésta utilice en mayor o menor medida, y con mayor o menor eficacia, ciertas representaciones sociales tradicionales (mediante una determinada iconografía). Dicha eficacia no es medible a partir de material que hemos relevado y su medición requeriría, en todo caso, de un bagaje teórico diferente del que hemos considerado.

II. Aproximaciones a la cultura política argentina

Si una cultura política puede ser abordada desde numerosos ejes de análisis, la elección de dichos ejes debe hacerse utilizando algún criterio que permita la sistematicidad de la lectura de los datos. Hemos realizado nuestra selección en función de los elementos que han resaltado en el corpus de datos relevados; esto es, que los ejes desarrollados son los que revelan una retórica *recurrente* a lo largo del período estudiado y que constituyen una forma de ver e interpretar la esfera de lo político ².

Las dimensiones seleccionadas incluyen: las representaciones acerca de la imagen del ciudadano; las percepciones acerca del *hacer política*; la actividad política en sí misma; y las pautas que definen las identidades políticas (entendidas *no* como la identificación que se produce en los individuos y que conlleva la adscripción a un partido o alianza política, sino como aquellas construcciones que se generan en torno de una línea política en función de representaciones más o menos tradicionales).

A. ¿Cómo se configura la imagen del ciudadano?

Idealmente, el “ciudadano” puede ser entendido como aquel miembro de una comunidad o país a quien se le otorgan derechos, garantías y libertades, así como también se encuentra obligado al cumplimiento de un determinado conjunto de deberes establecidos para con los integrantes de dicho territorio o comuna.

Ahora bien, es posible establecer cierta distinción entre las dos publicaciones trabajadas (*La Nación* y *Clarín*) respecto del tema acerca de la conformación del perfil de un ciudadano o votante. Dicha distinción guiará el análisis propuesto.

★ *La Nación y el ciudadano reflexivo*: en este caso, podemos percibir las líneas de construcción de la figura de un **ciudadano**, cuyas decisiones o elecciones deben ser respetadas por ser concebidas como *el resultado final de la mayor y más relevante instancia de pronunciamiento del mandato soberano del pueblo* ³.

En este sentido, se desarrolla la idea de que la población, mediante su participación ciudadana, no sólo imprime la fuerza necesaria para cooperar en el avance de la sociedad, sino que también otorga, mediante el mismo canal, los avales que los grupos dirigentes requieren para definir y diagramar sus posiciones y acciones políticas próximas a concretar. En función de lo antedicho, leemos:

“El elevado porcentaje de concurrencia a los comicios, [...] desmiente apreciaciones previas que suponían una cierta apatía o desinterés en el cuerpo electoral”; “Los ciudadanos [con el hecho de recurrir en mayor número al corte de boletas] revelan un creciente cuidado por el destino del voto, una valoración de las cualidades personales de los candidatos por encima del apego a las consignas

² . La utilización de un material de análisis basado en fuentes periodísticas nos ha exigido un tratamiento diferente de los datos para diversos apartados. Así, hemos realizado citas textuales unas veces mencionando la fuente específica y otras veces no. Ello se debe a que, cuando las publicaciones diferían en sus apreciaciones, era necesario remarcar estas diferencias, y cuando coincidían, resultaba más ameno e interesante unificar un discurso cuyas expresiones eran recurrentes.

³ A partir de este punto resaltaremos con este tipo de letra cursiva aquellas palabras o expresiones que hemos extractado de forma textual del material analizado, y aquellas que, de las citas realizadas, nos interesa destacar. La utilización de las palabras insertas en el texto se basa principalmente en la intención de no redundar en citas.

partidarias y [...] una conducta verdaderamente independiente en una porción del electorado”.
(9/9/91)

En este sentido, se va construyendo el perfil de un **votante**, conciente y reflexivo, cuyas determinaciones adquieren un carácter vital en torno de marcar conformidad o disenso con las estrategias políticas –en materia económica, social, etc.- llevadas a cabo por los grupos dirigentes.

★ Clarín: un ciudadano, un voto: en el caso de Clarín, las lecturas predominantes acerca de las elecciones se hacen en términos de *recuento matemático*, recuento cuyas implicancias sociológicas no se soslayan, pero se aprecian como menos reveladoras en sus aspectos cualitativos que en los cuantitativos. Así, leemos que, a partir de las cifras obtenidas –ya que el gobierno obtuvo 5 de los 13 distritos en disputa-, el *recuento matemático es sencillo*, y que en éste se cifran las lecturas posibles de estas elecciones. De este modo, el análisis se centra en explicar fenómenos tales como los *desplazamientos de votos* que se vincularían *más con los aspectos sociológicos del sufragio antes que con las matemáticas que definen la elección*. A través de tales datos, existiría tanto la certeza de la existencia de una fuga de votos rurales del interior bonaerense, tradicionalmente radical, hacia el peronismo, atraídos por la propuesta económica llevada adelante por el gobierno; como de votos propios del justicialismo, hacia las propuestas ofrecidas desde distintas fuerzas, encarnadas en las personas de Saúl Ubaldini y Aldo Rico.

En función de lo analizado, observamos que las expresiones o ideas utilizadas y transcritas enfáticamente por las publicaciones trabajadas, nos permiten dar cuenta de que se considera con **intensidades distintas** el significado del ‘voto en sí mismo’ y su valorización en tanto instrumento de una Democracia percibida como incipiente en el caso de nuestro país en el año ‘91.

Con esta conceptualización del voto encarnado en el ciudadano que emite su sufragio, y cuyo mandato *debe ser respetado*, nos enfrentamos asimismo a la delimitación de posiciones y tareas, así como queda evidenciado que la distribución de cargos es una función de la acumulación de poder *legítimamente* alcanzado –legitimidad que ‘se mide’ en términos de cantidad de votos-.

La constante apelación a valorar la *cantidad de los votos* alcanzados como medida para definir opiniones o pensamientos (operación que realizan tanto los triunfadores como los derrotados, así como los medios de comunicación) hace tambalear la primacía del clásico *principio soberano de respeto por la voz de los pueblos y por la figura del ciudadano*, debido a la recurrente mención de la centralidad de las cifras en ambos diarios y debido a que es lo que en última instancia define al ciudadano como votante.

Este hecho habla de determinados caracteres, propios de una idiosincrasia particular, para definir los parámetros y funcionamiento del sistema democrático nacional: la ambivalencia entre las figuras del ciudadano (idealizado en el discurso por momentos) y del votante (en general, entendido como una cifra).

En este marco es que encuentran explicación determinados acontecimientos o movimientos de votos que a simple vista resultarían un tanto contradictorios, si nos atenemos a las identidades políticas más tradicionales, como “*el masivo apoyo que advertimos en la gente, y que no es exclusivo de los peronistas, sino también de los radicales, conservadores y vecinalistas [...] La gente advierte que vamos bien rumbo y nos apoya superando las ideas a lo partidario*”. (La Nación, 31/8/91)

Estos elementos ayudarían a reflexionar acerca de la **política** como otro de los ámbitos socialmente instituido, provisto de reglas y procedimientos propios de acceso al poder. Y precisamente, en relación a la conceptualización de dicho **poder**, concebirlo con la capacidad de definir las problemáticas políticas legítimas y de manejar de manera autorizada principios de clasificación del mundo [Bourdieu:1988].

A partir de la figura así perfilada de un ciudadano-votante, podemos comenzar a indagar acerca de la actividad política, en términos de cómo se construyen (desde la retórica periodística y política) los parámetros que la definen como una esfera de actividad reservada a 'los políticos' y distanciada de 'los ciudadanos'.

B. ¿Qué es *hacer política*?

Con esta pregunta no nos proponemos elaborar un desarrollo teórico del concepto, pues la teoría misma nos sugiere que la actividad política es lo que una sociedad entiende por tal. Además, consideramos que la riqueza discursiva que los medios reflejan es una buena fuente para la conceptualización del *hacer política* en nuestro país, en particular porque existen numerosas coincidencias entre las publicaciones analizadas en la utilización de palabras y metáforas que adjetivan la 'política'.

La construcción lingüística del hacer política aparece fundamentada en cuatro ejes principales: la política aparece referida como *guerra*, como *juego*, como *espectáculo* y como *mística*. Algunos de estos aspectos han sido muy estudiados en las ciencias sociales (desde las teorías de von Clausewitz sobre la guerra, hasta la teoría del juego y el rational choice, pasando por textos más clásicos sobre política y cualidades 'mágicas' o carismáticas de los líderes políticos), pero lo que aquí destacamos es el *uso cotidiano* de estas nociones, antes que su tratamiento teórico, que, sin embargo, no soslayaremos.

★ *Política y guerra*: Las referencias y metáforas bélicas son constantes y profusas en las descripciones de la actividad política del duhaldismo, que para el momento analizado aparece como una línea del menemismo en el poder. Los períodos electorarios son propicios para la utilización de estos conceptos: en principio, se suele referir estos momentos de elecciones como *contiendas electorales*; los slogans de campaña se *desenfundan* como armas durante las mismas y las respuestas de un candidato se *apuntan contra* los dichos de otro, mientras los bandos se enfrentan *apuntando su artillería pesada*, que en general consiste en críticas verbales a las gestiones de su opositor del momento.

A las sedes de los partidos políticos (que son las *fuerzas en pugna*) se les llama *cuarteles*, y es allí donde se estudian las *tácticas y estrategias* a seguir, en función de *sus distintas situaciones y espacios de operaciones tácticas inmediatas*: si la estrategia es ganar la contienda electoral, las tácticas incluyen desde mantenerse al margen de los debates y no 'hacer campaña', hasta entablar una *batalla abierta* en los frentes interno (al interior del propio partido político, entre diferentes líneas del mismo) o externo (con otras fuerzas políticas).

Las decisiones políticas de central importancia (como, por ejemplo, el caso de la renovación anticipada de las autoridades partidarias del justicialismo) son percibidas como *maniobras*, y las *victorias* electorales abren posibilidades no sólo de consolidar proyectos políticos, sino de hacerlo en *tiempos de paz*, pues ganar elecciones da la posibilidad de apagar *fuegos de discordia* y de posicionarse favorablemente en la relación de fuerzas (equilibrio de poder) como *los más fieles centuriones* de, en este caso, el menemismo en el poder.

Las esferas conexas de la actividad política (grupos de interés), como el sector sindical, asumen también este carácter belicoso que caracteriza a la política, por lo que definen su accionar en términos similares:

"**Golpe de gracia** para quienes reflataron las 62 Organizaciones. Lo dio Lorenzo Miguel al diseñar una **tregua** hasta después de las elecciones del 5 de septiembre con sus '**archienemigos**' - término relativo para el mundo sindical- de la CGT San Martín [...] Además del **armisticio** para respaldar a Duhalde, que se cristalizará el miércoles [...], se sentaron las bases de un inusual diálogo que derivaría en un nuevo **realineamiento** poselectoral". (La Nación, 19/8/91)

Asimismo, la Iglesia habla de la actividad política en términos similares, por ejemplo, cuando insta a votar "con un sentimiento de *verdadero patriotismo*", pues "la *lucha política* no debe terminar en algo parecido a una *guerra política*". Si bien se sugiere aquí que *no debe* haber una identificación de guerra y política, queda claro que el carácter bélico adjetiva al *hacer política*, pues el mismo no deja de ser lucha, enfrentamiento, confrontación, medición de fuerzas.

★ Política y juego: La conceptualización de la política como juego incluye tanto un sentido *lúdico* como uno *deportivo*. Por lo general, las acciones de los hombres de la política son percibidas como *jugadas*: "Duhalde sólo podrá **jugar la carta** de la diferenciación después de reconfirmar la solidez de su propio sistema de poder".

Los competidores resultarán ser *ganadores* o *perdedores*, y entre ellos se repartirán *premios* y *castigos* (aunque esta última noción no sea típicamente de la retórica del juego). Estos competidores ocupan posiciones ambiguas en este *juego de poder*, ambigüedad que se refiere a la dualidad entre el juego en equipo y el juego individual: el partido político (en tanto un *equipo nacional* que llevaría al triunfo electoral) y los agentes de la política (como una serie de miembros de este equipo que muestran una *tendencia al juego propio*, como por ejemplo, Duhalde en el equipo menemista) se suelen disputar el rol de actores sociales centrales de la esfera pública.

A todas luces, el sistema democrático es percibido como "las reglas del juego": observamos que ante un encuentro electoral perdido -por el radicalismo, en este caso- que confirma cierto grado de crisis partidaria, lo que se hace es *barajar y dar de nuevo* para recuperar un mejor posicionamiento en el equilibrio de fuerzas (o volver a empezar el juego), pero sobre todo para mantener la legitimidad del sistema de normas que da sentido al juego mismo.

Las decisiones políticas -sobre todo durante una campaña electoral- se producen en un contexto de muchas incertidumbres y pocas certezas: para conjurar las primeras y reforzar las segundas los participantes despliegan toda una serie de mecanismos "espectaculares" que parecen dar lugar a una identificación de la actividad política con un cierto tipo de producto que debe ser atractivo y debe apelar a la atención del "público ciudadano".

★ Política y espectáculo: El llamado "proceso de farandulización de la política" es un concepto muy utilizado en las ciencias sociales para referir la serie de cambios que afectan a las sociedades occidentales y que consolidan el modelo de partido profesional-electoral, en detrimento de los partidos de masas más tradicionales en países como la Argentina. Uno de los cambios más relevantes es el que se ha producido a nivel de la comunicación política: el impacto de los medios de comunicación reside especialmente en que han cambiado las pautas de propaganda y con ellas, las campañas se han "personalizado" (es decir, centrado en los candidatos) y se han orientado hacia temas puntuales, específicos, desplazando a las clásicas plataformas electorales. La aparición pública de los candidatos por la vía de los

mass-media ha coadyuvado a vincular -en el nivel del imaginario colectivo- a estas personalidades con el llamado *mundo del espectáculo*.

Lo que aquí nos interesa destacar es que la noción de "farandulización de la política" ha sido adoptada por los medios mismos para describir lo que el sentido común ya percibía: la cercanía entre el mundo de la política y el mundo de la farándula. Estos dos espacios de la esfera pública se confunden, y la actividad política comienza a necesitar promocionarse ante la denominada *opinión pública*, así como algunas figuras que provienen de campos ajenos a la política se insertan en ésta (se trata de los llamados "outsiders", provenientes de la música, la actuación, el deporte, etc.) .

Tal proceso ha ido arraigándose en el campo de representaciones acerca del que hacer político, naturalizando en alguna medida la percepción de la política como espectáculo:

*"Menem y los ganadores en Olivos: [...] Los dos **star system** [Ortega y Reutemann] estrenaban su triunfo junto al presidente Carlos Menem y **robaban cámara** pese a la presencia de otro ganador, Eduardo Duhalde [...]. La mesa presidencial se integró con **las estrellas**: Lole [Reutemann], Palito [Ortega], su mujer Evangelina Salazar, Duhalde y señora y el vencedor del Movimiento Popular Neuquino, Jorge Sobisch. La **farandulización de la política** encontraba, en el propio reducto presidencial y en una reunión social, su expresión orgánica". (Clarín, 14/9/91)*

El hacer política no sólo es *referido* sino también *asumido* por los hombres de la política como un espectáculo, pues la llamada *escena electoral* invita a estas personas a elaborar toda una *puesta en escena* cuyo éxito se suele medir en votos más que en aplausos, y que se prefiere situar en un espacio -de hecho- teatral. Los *actos de cierre* de las campañas constituyen un elemento propicio para observar lo dicho:

*"[...] **Puesta en escena hollywoodense** y la ausencia de fotos de Carlos Menem, fueron **las notas del acto** de cierre de campaña del candidato justicialista a la gobernación bonaerense Eduardo Duhalde: Duhalde había hecho un ingreso al **escenario del Teatro Coliseo con marcación de primer actor**. Antes, un **auditorio** de candidatos, dirigentes e invitados [...] esperó que se corrieran los telones grises de la sala para que comenzara **el espectáculo**". (Clarín, 6/9/91)*

Pero no sólo los momentos finales de las campañas electorales adquieren características de espectáculo. Los diferentes *actos* de campaña ofrecen puestas en escena festivas que se organizan con el fin de aparecer en público, en una época en que el público es una construcción mediática, resultando en un hibridaje de elementos tradicionales y elementos actuales:

"Como una síntesis entre el Peronismo tradicional y la modernización menemista, en el acto de las 62 Organizaciones un bombista llevaba con singular entusiasmo el ritmo de la marcha 'Los muchachos peronistas' y la entonaba con no menos convicción -incluida la estrofa que dice 'combatiendo el capital'-, al tiempo que lucía orgulloso un buzo con la inscripción Harvard University". (La Nación, 28/8/91)

★ *Política y mística*: La actividad política también se sustenta en *números* (cantidades de votos, porcentajes) que asumen rasgos casi místicos, y en anticipaciones de estas cifras, vaticinadas desde las encuestas y la llamada 'intención de voto'. Esta especie de "numerología" está circunscripta en la conceptualización de la política como un ámbito del cual lo mágico no queda excluido.

El elemento mágico parece circundar a las figuras políticas, además de aparecer como *atributo* de la actividad política.

La *suerte* aparece íntimamente vinculada con los resultados de los procesos eleccionarios: se considera que los que no salen electos han sufrido un *infortunio electoral*, pues cada candidato *apuesta su suerte* a tal o cual discurso. Es la buena o mala fortuna la que contribuye a torcer los números.

Sin embargo, los *vaticinios* más fundados parecen ser aquellos que los candidatos formulan a la luz de las encuestas. Tal es la confianza que se deposita en éstas, que los números favorables darían sustento a las cualidades milagrosas del hacer política:

"[Eduardo Duhalde dijo que] en la primavera de 1992 la prensa nacional e internacional hablarán de **un nuevo milagro: el Milagro Argentino**, durante un acto público al que siguió la multitudinaria *Caravana de la Fe*". (La Nación, 18/8/91)

"Eduardo Duhalde invitó anoche a 'celebrar en la primavera de 1992 el milagro argentino' [y dijo que] 'si resolvemos el problema del trabajo, el resto se arregla **como por arte de magia**'". (Clarín, 28/8/91)

Si la actividad política tiene su aspecto institucional, entonces la "mística política" se apoya en *doctrinas* y *liturgias* que son la expresión instituida de los movimientos políticos, y en las figuras de los *caudillos* elegidos. Esto parece ser adecuado especialmente al peronismo, pero lo es también a otras fuerzas políticas, pues la cultura política de nuestra sociedad presenta una cierta tendencia a resaltar las figuras de los caudillos y sus capacidades cuasi-mágicas, su carisma y sus dotes anticipatorias:

"Duhalde pretendió dar un doble mensaje: seguridades de caudillo a una de las líneas basamentales de su sistema, y al mismo tiempo, advertencias de caudillo a una línea externa a ese sistema". (Clarín 12/9/91)

Los elementos que son la base del accionar de estas figuras se hallan en las doctrinas tradicionales de los partidos políticos que representan, y es en este sentido que se reclama a los votantes no sólo *fidelidad* a las estructuras partidarias, sino además *fe* en la persona del caudillo, en virtud de sus cualidades personales y de su adscripción férrea a la doctrina.

Si existen múltiples ejes a partir de los cuales se conceptualiza el *hacer política*, esto puede estar sugiriendo que lo que desde muchos puntos de vista aparece como una "crisis de la política" se vincula estrechamente con una búsqueda de la sociedad de redefinir el quehacer político, despojado hoy de prestigio propio, y de legitimarlo buscándole un sentido (social).

El espacio de la política sigue siendo un ámbito de confrontación de fuerzas, que deben asumir diversos roles y formas para continuar existiendo. Los cuatro ejes analizados tienen puntos en común, pues todos están hablando de las prácticas políticas como "otra cosa" que no es lo que las teorías clásicas conciben como 'la política'.

Pero el punto nodal de la cuestión es que estas conceptualizaciones confluyen en hacer de la política una esfera de actividad alejada de las "bases" sociales que le dan una legitimidad. A nivel teórico, esto se refiere a la *duplicidad estructural* de la política [Tenti:1993] que es lucha entre representantes y representados, por un lado, y entre representantes, por el otro. Este sería el origen de la llamada *doble determinación del discurso y del lenguaje político*.

Pero con anterioridad a esta elaboración teórica, hemos podido observar que al pensar el hacer política como guerra, como juego, como espectáculo o como mística, se implanta o

se refuerza una división crucial, la que hay entre representantes y representados: porque las guerras las pelean los que están preparados para hacerlo, los juegos los juegan los que conocen las reglas y los ardidés necesarios, el espectáculo lo representan los que saben actuarlo, y la mística política solamente permite unos pocos elegidos.

C. ¿Cómo se hace política?

Ciertas prácticas particulares contribuyen a dar cuenta de la expresión fáctica de lo que antes describiéramos como el hacer política, complementando nuestras observaciones sobre el nivel de las representaciones sociales. Si bien no es posible dar una respuesta acabada a esta pregunta, hemos logrado captar en nuestro estudio algunas formas de proceder de los agentes de la política (candidatos y partidos) que, si bien se inscriben en un período de elecciones, parecen configurar tendencias y disposiciones de más largo alcance.

★ De los programas a los problemas

Un elemento típico de la política tradicional solía ser la *plataforma electoral*, una especie de declaración de intenciones y programa de actividades, que incluía un punteo de las acciones de gobierno que los partidos proponían, y que contenían además los rasgos centrales de sus posturas ideológicas en espectros más o menos delineados.

La actual falta de nitidez de estos espectros (ya no podemos hablar con la misma asertividad de los clivajes peronismo-antiperonismo, o derecha-izquierda), junto con el debilitamiento de ciertos lazos sociales, contribuyen a fomentar el pasaje de ofrecer un programa de gobierno por parte de los partidos políticos, a ofrecer soluciones puntuales a los problemas de los votantes por parte de los candidatos:

“Duhalde había dicho públicamente que no tiene un proyecto definido para la provincia, ya que ‘en épocas de crisis no se pueden hacer programas, porque no los lee ni el que los tiene que aplicar’”.
(La Nación, 23/8/91)

Los medios de comunicación refuerzan esta tendencia cuando exponen las supuestas plataformas de los candidatos (ya no de los partidos) elaboradas a partir de entrevistas que éstos les conceden: ya no se trata de documentos emanados desde las agrupaciones partidarias, sino de compendios de las declaraciones de quienes se enfrentan en los comicios. Los periódicos no dejan de subrayar *que se atiende a los datos de la realidad más que a las palabras* a la hora de decidir qué fuerza política conducirá el destino de, en este caso, la provincia de Buenos Aires.

La política ya no es “programática”, y esto se evidencia también en las apariciones públicas de los diferentes candidatos: no se generan debates entre las figuras de la política, mediados por un moderador, en los cuales estén pautados tiempos y tópicos de discusión.

El *diálogo político* ya no es posible en las apariciones en público de los hombres de la política, sino que se ha desplazado a los espacios “privados” de los políticos, que son los que detentan *legítimamente* la capacidad de dialogar para tomar decisiones en nombre de la sociedad. Por otra parte, tal diálogo no es ya un mecanismo para buscar generar adhesiones de los votantes a la propia fuerza política, sino una instancia posterior a un reposicionamiento de las fuerzas (es decir, posterior a un enfrentamiento electoral), instancia necesaria para garantizar la gobernabilidad y, con ello, cierto grado de estabilidad institucional.

★ *Votar y hacer política*

Si el diálogo político sólo se establece entre los representantes, la instancia de participación de los representados la constituye el ejercicio del voto. Pero *votar no es hacer política*: el sufragio es tenido como la piedra basamental del sistema democrático (es “el ejercicio de la ciudadanía”), pero se trata en realidad de un ejercicio episódico, realizado por una gran porción de la población, cuya composición es altamente heterogénea en cuanto a su capacidad de afectar las decisiones acerca de su ‘destino social’. Algunos autores hablan de un *censo oculto* para referir que las limitaciones de la participación no sólo se deben a desigualdades sociales (sexo, nivel de instrucción, posición social, etc.) sino además a la particular construcción del orden político.

El *sentido político* del voto radica en su doble carácter legitimador: por un lado, de tal o cual forma de gobierno (con su modelo económico y la experiencia de su gestión) y, por otro lado, del propio sistema democrático y el cuadro institucional que lo sustenta.

Pero la valoración que del voto se hace está distanciada de la real capacidad de decisión que otorga. Ya sea que se lo considere como expresión del mandato del pueblo o como respuesta a una oferta política, el voto se halla de un lado de la brecha que separa a los representados de ‘sus’ representantes, y el *hacer política*, del otro.

De las dos fuerzas políticas principales en pugna en las elecciones del ’91, se registran comentarios significativos al respecto. Para el radicalismo, la derrota o la victoria en los comicios se vinculan con *saber hacer comprender* la propia propuesta al electorado; para el justicialismo, el resultado de la elección depende de *captar* lo que la gente quiere y ofrecérselo. Así, la relación entre votantes y candidatos se asemeja más a un juego de oferta y demanda que a una instancia que manifiesta la identificación de una comunidad con sus gobernantes.

★ *Democracia e instituciones*

Un abordaje de la dimensión institucional de la cultura política argentina requeriría un vasto corpus teórico y una más exhaustiva observación de diversos procesos políticos (elecciones, sanción o derogación de leyes o decretos, reformas constitucionales, etc.). Sin embargo, hemos hallado algunos elementos para dar cuenta de un importante aspecto de esta dimensión.

Ya hemos señalado que el ámbito de lo público no dispone de un espacio para el debate político concebido de manera tradicional, aún cuando los medios abundan en análisis políticos y en versar todo tipo de comentarios al respecto de este quehacer. Si los “debates” que se plantean se vinculan con la discusión de las cualidades personales de los candidatos y sus entornos, con sus gestiones anteriores o las de sus copartidarios, o con sus fidelidades e infidelidades a promesas, consignas, doctrinas y liturgias, los debates **que no se producen** son aquellos que se relacionan con la solidez del sistema constitucional.

Coincidimos en que una cosa “es prestar aquiescencia a una Constitución que trascienda las peripecias de los gobiernos y regule el combate de las ambiciones, y otra, muy distinta, es apostar nuestro consenso a favor del éxito de un programa económico” [Botana: 1995]. Si bien la *legitimidad de principios* (basada en la Constitución Nacional) aún subsiste en cierta medida, la legitimidad del quehacer político parece estar dada más por la *eficacia* de una gestión -en particular en cuanto a lo económico- que por el sistema político institucional que la trasciende.

Cuando Eduardo Duhalde comenzó su campaña como candidato a la gobernación de Buenos Aires en 1991, era vicepresidente de la Nación. Su situación era confusa, porque estaba ejerciendo la presidencia en ausencia del primer mandatario a la vez que realizaba su campaña electoral; esta situación planteaba, además, la posibilidad de *un debate que nunca se dio*: ¿qué dice el Derecho Constitucional acerca de un miembro del Poder Ejecutivo Nacional que, en ejercicio de la función presidencial, hace campaña para ser electo gobernador de una provincia?

La Constitución de nuestro país, antes de ser reformada en 1994, consignaba que el presidente y vicepresidente no podían ser reelegidos sino con intervalo de un período, que durante sus nombramientos no podían “ejercer otros empleos”, y que las provincias eligen sus propios representantes “sin intervención del gobierno federal” (Artículos 77, 79 y 105).

¿Qué significa que no pueden ser reelectos el presidente y vice? ¿Se considera que el que detenta cargo de vicepresidente no puede ser electo presidente en el siguiente período? ¿Hay “incompatibilidad de empleos” en las actividades de Duhalde (ser vicepresidente y ser, por ende, presidente del Senado y pedir licencia para un cargo y no para el otro)? ¿Se puede considerar o no la candidatura del vicepresidente en ejercicio una “intervención” del gobierno federal en las elecciones de la provincia de Buenos Aires?

En función de estos elementos **no** podemos aseverar de ninguna manera que la candidatura de Duhalde fuera anticonstitucional, sino que constituyó una situación ambigua, percibida así incluso por los propios actores políticos, pero que **no abrió un debate público**.

Poco se ha dicho en los medios al respecto de este pasaje de la vicepresidencia a la gobernación. Del cuantioso material analizado hemos extraído las pocas referencias a este tema y hemos constatado que, si bien éste había despertado la atención de los medios, el asunto quedó reducido a una cuestión de licencias y trámites:

"Llamó la atención que el vicepresidente Eduardo Duhalde asumiera como reemplazante del presidente Carlos Menem, cuando es sabido que ya está lanzado en la campaña para gobernador bonaerense [...]. La cuestión quedó aclarada ayer, cuando fuentes legislativas explicaron que a Duhalde se le concedió licencia en su condición de responsable máximo de la administración del Senado. Pero que el mismo trámite como vicepresidente, aún no había sido considerado por la Comisión de Asuntos Constitucionales. Lo que se dice un permiso a medias". (Clarín, 20/5/91)

Desde el punto de vista de los actores políticos, el pasaje asume los caracteres de *decisión personal*, de situación *poco clara* o de *conflicto sucesorio*.

Para el propio Eduardo Duhalde, se trata de que él mismo "*decidió dejar el lustre de la vicepresidencia de la Nación para concretar el milagro argentino*", y que una derrota electoral tendría efectos solamente sobre su propia carrera política: de resultar elegido "*sólo renunciará a su cargo el 10 de Diciembre próximo, aunque aclaró que si pierde volverá a su casa 'para seguir ayudando al presidente desde el llano'*".

La oposición no realizó tampoco ningún análisis riguroso de la situación, aunque hubiera sido el actor ‘naturalmente’ llamado a hacerlo. Solamente el candidato de la UCR, Pugliese, hizo un breve comentario, el cual no tuvo eco: "*[Pugliese] consideró 'espantoso' competir con un presidente en ejercicio, Eduardo Duhalde, que 'pide licencia como presidente del Senado pero no como vicepresidente de la República'*".

Finalmente, damos con los dichos del entonces presidente de la Nación, Carlos Menem, cuyas palabras ponen de relieve el desplazamiento de lo instituido: si bien menciona que hay una ley que regula la cuestión de la sucesión, ésta aparece como una *última instancia*, un

último recurso a ser utilizado llegado el momento de tener que lidiar con la acefalía de la vicepresidencia:

*"No habrá vicepresidente en la Argentina hasta 1995 si Eduardo Duhalde gana la elección para gobernador bonaerense", aseguró ayer el presidente Carlos Menem [...] 'Desde el momento en que asumirá Duhalde en la provincia de Buenos Aires no habrá vicepresidente en Argentina. Sólo puede haber vicepresidente en el caso de que se lleve a cabo un proceso para elegirlo, pero no está en nuestro ánimo hacerlo. Llegaremos así, Dios mediante, hasta 1995 y allí volveremos a elegir presidente y vicepresidente', añadió [...]. 'Yo no dije que no quería [que Eduardo Menem fuera el sucesor de Duhalde en la vicepresidencia y presidencia del Senado]. Mi hermano es un muchacho muy capaz que vive estudiando [...], y bueno, **llegado el momento**, hay una legislación que tenemos que respetar". (La Nación, 7/9/91)*

El debate no se produce, aunque despuntan los elementos que lo sustentarían. Si entendemos esto en el marco de lo que hemos observado de nuestra cultura política hasta el momento, podemos sospechar cierta resignación de la legitimidad por las instituciones a favor de una *legitimidad fundada en la gobernabilidad*. Del mismo modo, distinguimos una tendencia a que las reglas del juego –el sistema democrático- se eleve como prioridad número uno, aunque para la defensa de dicho sistema se desplacen importantes cuestiones de índole institucional.

Los elementos heterodoxos de una cultura política como la que hemos estudiado, nos permiten ir reconstruyendo el sentido social que la misma contiene. La definición de una cultura política particular, como dijimos, debe contemplar las representaciones concretas que la sustentan, traducidas por ejemplo en expresiones lingüísticas, entre otras. Así, la comprensión de cómo se maneja la retórica acerca de las identidades políticas tradicionales puede contribuir a develar que existen otras pautas “no políticas” generadoras de identidad, y a intuir cuáles pueden ser estas pautas.

D. ¿Cómo se definen las identidades políticas?

Debemos considerar que la **socialización política** es el proceso por el que se transmiten preferencias políticas y en el cual cobra vital importancia la presencia y acción familiar, así como también la cohesión del entorno cercano –como por ejemplo a través de la actividad ejercida por el ámbito *escolar* en la adquisición de conocimientos y transmisión de actitudes-. No obstante ello, tales parámetros adquiridos no se transforman en un producto acabado y único generado desde la primera socialización, sino que, por el contrario, nos enfrentamos con un proceso que suele ir modificando actitudes o ajustando creencias a partir de los diferentes mensajes recibidos, los cuales en ocasiones hasta pueden llegar a ser contradictorios entre sí.

Corresponde entonces reflexionar acerca de las variantes en las conductas individuales como una concreta manifestación de la *complejidad* que rodea a este proceso social que sin lugar a dudas no es factible de reducirse a una transmisión automática de preferencias y opiniones [Lagroye:1993].

Observaremos en las publicaciones estudiadas cierta ambigüedad en las definiciones identitarias que nos estaría hablando de un proceso de transición hacia nuevas pautas.

★ ¿Peronismo o peronismos?: En los periódicos aparecen expresadas –tanto desde sectores del Justicialismo como desde el Sindicalismo- constantes referencias al ideario peronista, adecuado a los tiempos actuales. Así, por ejemplo, Eduardo Duhalde exhortó, en

un acto -organizado por las 62 Organizaciones en momentos próximos a los comicios, en donde convivían el folclore peronista y la presencia de ‘porristas’ al estilo norteamericano - a *tender un puente de plata entre el justicialismo del '45 y el del '90*. Paralelamente, aseguró, en relación con la decisión del sindicalista S. Ubaldini de postularse como candidato, que aquellos miembros del movimiento que fueran a elecciones por *fuera del justicialismo*, se tendrían que ir del partido y que serían los mismos peronistas quienes determinarían quiénes efectivamente los representarían, en alusión a una pregunta a la que no quiso responder con mayores detalles acerca de si él mismo o Saúl Ubaldini representaban al *verdadero justicialismo*.

En su explicación de lo que el entonces presidente concebía como el “Menemismo” – pese a destacar que no estaba en sus planes la creación de un movimiento propio- manifestó que *“existen sectores que, aunque no comparten el pensamiento del peronismo, apoyan un número importante de sus acciones”*, por lo que agregó *“que deseaba ser acompañado por los peronistas, los menemistas y quienes no son ni lo uno ni lo otro”*. Del mismo modo, expresaba que *“la memoria de los pueblos tiene registradas a las figuras inmortales de la política, pero no podemos volver permanentemente sobre ellos, porque lo que pensaba el General Perón hace 30 años ha cambiado totalmente en estos momentos. Hay que tener presente lo sustancial, pero todo aquello que fue producto de una determinada etapa histórica ya no tiene vigencia”*.

En estas circunstancias, también se hacen escuchar las voces de los que se erigen como los reales defensores de la *voluntad popular* contra *el desempleo y los salarios de hambre*, como es el caso de Saúl Ubaldini, quien asegura que su propuesta sigue *con el proyecto de Perón y de Evita, quienes lo guían desde el cielo*. El mencionado dirigente sindical, para el cual su postulación sólo responde a las necesidades imperiosas de todos los trabajadores, se autocalificó como *el candidato de los pobres y del pueblo contra la injusticia social*, e instó a los electores a no entregarse a *la dependencia* y a que *“sepan votar”* debido a que *“ahora, más que nunca, está vigente la doctrina del General Juan Domingo Perón”*.

Declaraciones de igual índole pueden encontrarse en *Clarín*, vinculadas a un Saúl Ubaldini fervientemente decidido a alejarse del candidato oficial, argumentando que jamás se podría ver aliado *al nuevo Braden, a Bunge y Born o a sectores de la Sociedad Rural*, ya que *así actúa un peronista cuando ve peligrar la dignidad de los trabajadores y la justicia social*. En este sentido agregó, además, que cuando un peronista ve peligrar sus banderas *entonces se cuadra, hace la venia y dice presente mi General Perón para lo que guste mandar*.

Precisamente, para diferenciarse de la propuesta encabezada por E. Duhalde, Ubaldini remarcó, por un lado, que el movimiento peronista ‘auténtico’ no necesita recurrir a la búsqueda de mujeres de otros partidos –como sucedió con la designación de Adelina de Viola como Secretaria de Asuntos Institucionales, en el caso del justicialismo-. Por el otro lado, frente a su negativa de acompañar al candidato del oficialismo integrando la lista del Justicialismo, afirmó que sólo elevaría votos peronistas, como el producto *de una militancia de toda la vida que no se entregó nunca a una alquimia ideológica que nada tiene que ver con los trabajadores*, en tiempos en que se debe atender los reclamos de quiénes más necesitan, a raíz de las discriminaciones políticas que genera el ajuste sistemático.

Resulta altamente significativo cómo se perfila el *papel* de los partidos políticos según se destaca en varias oportunidades, como por ejemplo, desde las expresiones del candidato oficialista, quien afirmó que *“existe algo que es superior a los partidos, que son un simple vehículo de la democracia, y que no son tan importantes como la pertenencia a una región; ser bonaerenses es más importante que ser peronista, radical o liberal”*.

El peronismo se muestra a sí mismo, entonces, articulando un caudal altamente heterogéneo de sectores sociales, cifrando en esta “alianza” la explicación de su éxito electoral. La misma lectura parece realizarse desde los diarios, que concluyen que Duhalde configuró *un frente social en que fueron incluidos sectores diversos como representantes empresariales del agro y la industria a fin de permitirle al peronismo ‘ampliar su base de sustentación’* (La Nación), o bien que existe una *“alianza ideológicamente heterogénea pero políticamente consolidada que acompaña a Eduardo Duhalde, cuyas partes integrantes pertenecen a un modelo menemista cada vez más tributario de las principales familias de la renovación.”* (Clarín).

En función de esta alianza es que la modernización y eficacia se convierten en las exigencias principales de quienes sostienen con su apoyo la propuesta del Poder Ejecutivo: por un lado, y en función de concebir como vencedor de los comicios al primer mandatario y no ya a los partidos o a los candidatos –pese a que se resaltó el valor de las cualidades de los mismos por encima del apego a las consignas partidarias-, se considera que de esta manera se hace explícita la confianza colectiva otorgada al gobierno frente a los efectos económicos de la estabilidad, ya que el *Justicialismo se mantuvo en las urnas virtualmente íntegro, pese a estar sometido a contradicciones ideológicas sin precedentes.*

Por otro lado, y siguiendo las palabras del propio Carlos S. Menem acerca de la realización de un trabajo de ingeniería política a través de su gestión que reforzara las instituciones democráticas, se destaca que el mismo *sólo fue posible hacerlo eficazmente desde el peronismo debido a que se trata de un movimiento político que a lo largo de su historia ha sabido construir la alianza y el compromiso unificador entre los **distintos sectores**, sin que éstos pierdan su identidad.* Asimismo, se hace mención a que el peronismo históricamente ha tenido un papel *de integración política y social como agente de la transformación estructural en la Argentina;* hecho por el que desde 1945 se fue conformando una *alianza fundacional entre el trabajo, los pequeños y medianos productores, las Fuerzas Armadas y la Iglesia.* Se sugiere entonces que es por eso que, a la luz de los resultados logrados, el propio Presidente postule la idea de conjugar las *libertades políticas con la plena apertura económica, dejando atrás odios y viejas heridas ya que tales discrepancias o diferencias congelaron el desarrollo argentino.*

Tanto desde los actores en pugna, como desde otros sectores representantes de diversos intereses y desde los medios de comunicación, existen dos referentes que se superponen en el discurso acerca de las identidades políticas. Por un lado, se recurre a las imágenes de un pasado peronista cifrado en conceptos tales como *justicia social, pueblo trabajador, doctrina peronista,* además de la utilización profusa de la iconografía tradicional peronista. Para el caso del radicalismo, también se revela la tendencia a recuperar las figuras fundacionales del partido y la utilización de clásicos emblemas como la ética partidaria.

Pero por otro lado, resulta evidente que las fuerzas políticas comienzan a manifestar que la adaptación a las exigencias de la política actual incluyen una redefinición de las pautas identitarias, por lo cual comienza a ser más importante pertenecer a una comunidad (por ejemplo, la provincia de Buenos Aires, el ser bonaerense), que la adscripción tradicional a un partido político.

III. Reflexiones finales

Las reflexiones acerca de la **cultura política argentina** como las que hemos elaborado en el presente trabajo, contribuyen a ampliar la mirada sociológica que se plantea abordar las intersecciones de lo político y lo social.

El análisis de los medios gráficos de comunicación que hemos realizado ha sido fértil a nuestros fines, pues nos ha permitido hallar elementos concretos para ilustrar –al menos en ciertos aspectos- la dinámica de la cultura política en nuestro país. Estos elementos evidencian también la importancia de recurrir al análisis empírico para elaborar teoría sociológica sobre bases más sólidas.

Una revelación crucial en este sentido ha sido la manifestación del papel de los conceptos pre-sociológicos –preconceptos, al fin-, por un lado, y, por el otro, la necesidad de rever ciertas categorías utilizadas comúnmente como ejes de análisis, revisión que sólo es posible a la luz de elementos empíricos. Así, las elecciones estudiadas revelan rasgos importantes de la cultura política argentina.

El **universo de significaciones** que hemos abordado desde las retóricas periodística y política, nos permite dar cuenta de algunas instancias que pautan lo que se puede identificar como el modelo deseable de organización social y de la política. A la vez, nos ilustra acerca de las confianzas y desconfianzas, acercamientos y distancias con respecto a esta esfera, al producirse una ‘selección’ de palabras y usos lingüísticos determinada.

Si prestamos especial atención a las actitudes y creencias que afectan la definición social de ‘la política’, observaremos que el período analizado (el proceso electoral de 1991) presenta los caracteres de un **momento de transición**. La vida democrática era todavía incipiente en aquel año, pues sólo dos años antes se iniciaba el segundo período presidencial consecutivo post dictadura militar. Las esperanzas se cifraban, en primera instancia, en el mantenimiento del **juego democrático**. Ello, incluso en detrimento de los debates que hacían a la solidez institucional de la sociedad (el debate acerca de la postulación del vicepresidente – en ejercicio de la presidencia- a la gobernación).

Las constantes referencias y la defensa de la figura del **ciudadano** ejerciendo su soberanía mediante el voto, por parte de medios y figuras de la política, nos revelan que las ansias de mantener la legitimidad de las acciones políticas democráticas se cifraban en cada acto electoral. Así, el sufragio era percibido fuertemente como instancia ciudadana de ‘participación en la política’. Pero a su vez se evidencia la tendencia a una interpretación cuantitativa del significado del **voto**: la adhesión del electorado a tal o cual propuesta política significa una cuota de poder para el elegido.

Los vaticinios pre-electorales y los porcentajes obtenidos finalmente por los candidatos, comienzan a ser ya en los noventa la medida de los éxitos y fracasos políticos. Esto nos revela que existen varias líneas de la discursividad analizada que contribuyen a reforzar la distancia entre las esferas de los representados y los representantes, de *los electores* y *los elegidos*.

Como ya dijimos, la definición acerca de qué es la **política** que parece rezumar del discurso analizado, se elabora recurriendo a las analogías (esto es, se apela a las figuras de la guerra, el juego, el espectáculo y la mística), y ello nos habla de una crisis de ‘representación’, en el sentido de que la sociedad halla ciertas dificultades para definirse a sí misma lo que es la política, ya que ésta se aleja de lo que ‘idealmente’ debería ser. – Entendiendo por esto, el desarrollo de aquella actividad en donde uno es partícipe, directa o indirectamente, de la toma de decisiones vinculadas a la cosa pública-

Nuevamente, detrás de estas definiciones, lo más revelador es el hecho de que las mismas contribuyen a mantener la distancia entre las esferas, porque “las guerras las pelean los que están preparados para hacerlo, los juegos los juegan los que conocen las reglas y los

ardides necesarios, el espectáculo lo representan los que saben actuarlo, y la mística política solamente permite unos pocos elegidos”.

El nivel de la participación política del ‘ciudadano’ se reduce aparentemente al ejercicio del voto, por lo que éste se perfila como ‘ciudadano-votante’, acercándolo más a las figuras de espectador o creyente, que a la de un *ser político*. La ‘verdadera’ participación política, es decir, la capacidad de tomar decisiones e influir en las acciones que comprometen el devenir de la sociedad en su conjunto, queda en manos de unos pocos, los políticos profesionales.

En períodos posteriores a un acto eleccionario, precisamente son aquellos últimos quiénes hacen visible toda una cultura y discursos cuyo núcleo principal versa en torno de estrategias de apertura a un diálogo político entre las distintas fuerzas, apelando en definitiva, con dicho llamado, a la búsqueda de consensos o acuerdos que hagan viable un compromiso de gobernabilidad.

Ello **no** nos estaría indicando que la disolución de ciertos lazos tradicionales con la política no son reemplazados y generan así un debilitamiento de la cohesión social. Al caracterizar este período como una época de transición, podemos decir que la cohesión social que las **identidades políticas** no logran mantener, comienzan a ejercerla –aunque muy modestamente- otros ámbitos. Nos referimos a nuevas formas organizativas que comienzan a cobrar sentido en la década pasada, formaciones de carácter ‘no políticas’ (agrupaciones vecinales, club del trueque, ONGs, asentamientos, etc.), cuyo significado político puede ser evidenciado, pero que tienen una imagen autorreferencial que las aleja de lo político, considerándolo no sólo como una esfera que les es ajena, sino como una actividad poco eficaz para dar respuesta a las necesidades y reclamos de la población.

La redefinición de la identidades sociales se realiza también en otros términos: si las identidades tradicionales (pautadas ya en la dicotomía peronismo-antiperonismo, ya en el clivaje derecha-izquierda) ya no hallan sustento en la realidad, sí lo hacen las identidades sociales generadas a partir de otros elementos, como pueden ser el género, la edad, la etnia, el lugar de residencia, el nivel de calificaciones, la religión, la condición de ocupación, elementos que muchas veces se combinan entre sí [Tenti:1993].

No es casual, entonces, que las adscripciones a uno u otro partido político resulten más volátiles que antaño, pues no sólo se emiten los votos más en función de las gestiones que de las propuestas, sino que también las fuerzas políticas reconocen que sus liturgias más tradicionales se adecuan a los ‘tiempos que corren’, marcados por exigencias que les imponen conjugar posturas contradictorias. Es el caso estudiado del justicialismo, que revela a lo largo de este proceso eleccionario algo más importante que la discusión por la genuina herencia peronista: revela el desplazamiento de una concepción de los partidos políticos como de masas, a una de los partidos políticos de tipo profesional electoral. Evidencia de ello será también la sustitución de las clásicas plataformas electorales por propuestas puntuales a los reclamos de la ciudadanía ‘consumidora’.

En función del período analizado y de las reflexiones aquí vertidas, podemos decir que un nodo central en el estudio de la cultura política radica en la **distancia entre los electores y los elegidos**, ya que esa relación cifra en parte las características del orden democrático vigente, sus legitimidades, la definición de las identidades políticas y la expectativa y percepción que una sociedad particular tiene de la política.

Bibliografía

BOTANA, N.: *Las transformaciones institucionales en los años del menemismo*; en Sidicaro, R. y Mayer, J. (comps): Política y Sociedad en los años del menemismo. UBA, Buenos Aires, 1995.

BOURDIEU, P., citado en Prud'homme, J.F.: *Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu*; Revista del departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1988.

LAGROYE, J.: Sociología Política; Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.

SIDICARO, R.: *Los años del menemismo se prolongan: la coalición electoral de 1995*; en Sidicaro, R. y Mayer, J. (comps): op.cit.

TENTI FANFANI, E.: *Cuestiones de exclusión social y política*; en Minujin, A. (ed.): Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de Fin de Siglo; UNICEF-Losada, Buenos Aires, 1993.

Material de análisis

Constitución de la Nación Argentina (previa a la reforma constitucional de 1994).

Diario Clarín, del 18 de agosto al 22 de septiembre de 1991.

Diario La Nación, del 18 de agosto al 22 de septiembre de 1991.